Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0642
0500767803

MI MUERTA

Al Sr Rin, saliente figura financiera

Pérez Nieva

Alfonso Pérez Nieva

# Mi muerta

MADRID

Librería de Victoriano Suárez
*Preciados, 42.*

Librería de Fernando Fé
*Carrera de San Jerónimo, 2.*

1903

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Est. Tipográfico El Trabajo, Guzmán el Bueno, 10.—MADRID

A la sagrada memoria de
mi esposa.

*Alfonso.*

27 Junio 1903.

# MI MUERTA

Como hiedra tenaz siempre agarrada
al árbol por sus mallas abatido,
la escena de su muerte está aferrada
á mi cerebro hendido!

¡Y en él á todas horas persevera
con una irresistible pesadumbre,
lo mismo á solas, en mi hogar, que fuera
entre la muchedumbre!

¡Qué cuadro aquél! ¡La lámpara velada!...
¡La habitación sombría y silenciosa!...
¡La pena por respeto refrenada
haciéndose estruendosa!

¡En posición supina colocado
el cuerpo que expirante no se mueve!...
¡Tan sólo el débil seno levantado
por un hálito leve!

¡Y yo en su pecho la cabeza hundida,
acechando con ansia el tenue impulso,
mientras bajo mi mano estremecida
va apagándose el pulso!

De repente la sístole parada
y detenido el hilo de su aliento!
¡Oigo un suspiro opaco! ¡Después nada!
¡Respirar no la siento!

¡Trémulo y delirante á ella me arrojo!...
¡La busco el corazón y no despierta!
¡Todo inútil! ¡Su cuerpo es un despojo!
¡Ha expirado! ¡Está muerta!

¡Pero aún la horrible realidad rechazo!
¡Quiero resucitarla decidido!
¡Ya no advierte el amor con que la enlazo!
¡No es posible! ¡Se ha ido!

¡Y convencido, al fin, caigo de hinojos,
pego mi boca al cobertor deshecho,
y falto de valor, cierro los ojos,
de bruces sobre el lecho!



¡No sé decir lo que por mí pasaba!
¡Deseos de morir! ¡Vértigo! ¡Ira!
¡Un asombro inaudito! ¡Qué soñaba!
¡Que aquello era mentira!

¡Y bajo mi dolor, en un sollozo,
sin conciencia del tiempo, arrodillado,
besando el borde del revuelto embozo,
permanecí aterrado!

¡Vuelta la luz á mi razón perdida,
la innegable verdad ví manifiesta!...
Sobre la cama la encontré tendida
con su mortaja puesta!

¡Manos piadosas mientras la vistieron
con sus mejores galas la arreglaron,
y de que el santo beneficio hicieron,
un cirio la acercaron!

¡Y aquel perfil que apenas definía
la débil llama en la penumbra oscura,
¿era el de la mujer en quien tenía
cifrada mi ventura?

Aquel cadáver, imponente masa
descansando en la paz de la inconsciencia,
¿era, há un momento el alma de mi casa,
la luz de mi existencia?

¡Y presentí su angustia dolorosa
al sentir escapársele su vida,
dejando aquí la plenitud dichosa!
¡Siendo tan bien querida!...

¡Y pensé en el instante indivisible
en que la muerte se acercó á cogerla,
sin que contra ella, en impotencia horrible,
pudiera defenderla!

¡Y estallando mi pena á borbotones,
me hinqué ante el Cristo de su fin testigo,
y, ¡Oh, Dios mío!—grité—¡No me abandones!
¿Por qué se va contigo?

¡Siglo que un mundo de dolor concreta
vivido en un minuto bajo el llanto,
siempre tu apocalíptica silueta
me llenará de espanto!



¡Siempre el trágico horror que te circunda
y de imponente duelo te reviste,
renovará en mi pecho la profunda
llaga que en él abriste!

¡La pasional desolación sentida
dejándome en el alma, hecha pedazos,
de haberla visto abandonar la vida!
¡Morir entre mis brazos!

* * *

En las angustias del pesar que crece
sólo él me ofrece irresistibles lazos,
y la cruz redentora me parece
que me dice á la vez que se me ofrece:
¡También yo tengo brazos!

¡Perdiste los que en días de ventura
premiaron juveniles desvaríos
en la dulce expansión de un alma pura,
y hoy que sigues tu calle de amargura,
ven á buscar los míos!

¡Que al salpicar, de mansedumbre lleno,
la cruz de los judáicos malhechores
con su sangre inocente el Nazareno,
dejó mis brazos para eterno seno
de los grandes dolores!

*
* *

¡Muy cerca el alma, con creciente espanto
el momento presiente,
en que el amigo en quien verter su llanto
buscará inútilmente!

¡Ley de la que el mortal nunca se exime
y que nadie rebasa!...
¡Para el extraño el llanto del que gime
es corriente que pasa!

¡Un momento de viva simpatía
que en los sensibles obra,
y la propia y legítima alegría
que su nivel recobra!

¿Donde volver entonces la mirada?
¿Mi queja á quien dirijo?
¡Lamentación, tu no serás causada
tan solo para un hijo!

¡Un hijo es algo nuestro, es nuestra hechura,
nos adeuda la vida,
y al llegar la terrible desventura
es con él compartida!

¡En la desolación es nuestro escudo,
él con nosotros reza,
¡y qué consuelo en nuestro pecho viu lo
reclinar su cabeza!

¡Por él la dura crisis se soporta
resolviéndose en calma,
y la resignación que nos conforta
dá su calor al alma!

¡Ah, dichosos! Pues Dios es quien dirige
los hilos de la vida,
rogad que á vuestros hijos los cobije
con su mano extendida!

¡Pensad que la desgracia está sentada
detrás de vuestra puerta,
y si un día en la plácida morada
á penetrar acierta!



¡Que cual yo no os veáis muerta la pura
fiel compañera mía,
y sin la muertecita prematura
que hoy mi alivio sería!

¡Que no hay en nuestra vida ni una queja
que un hijo no mitigue,
y hasta la tierna esposa que nos deja
viviendo en él prosigue!

* * *

¡Me pediste el favor en tu agonía,
cuando implacable y torva se cernía
sobre tu lecho de dolor la muerte,
y hoy realizo tu ruego, Elena mía!
¡Aquí me tienes ya, que vengo á verte!

¡A verte! ¡Aspiración desatinada
que en los delirios de la pena naces!...
¡Frase por la costumbre sancionada!
¡Ese mármol que corta la mirada
me oculta el interior en el que yaces!

¡Mas tú me ves con la mirada honda
de los que están en los espacios puros,
que hasta su fondo en las conciencias sonda,
á la que no hay secreto que se esconda,
que atraviesa las almas y los muros!

¡ Y, pues ya de la carne desligada,
me ves con esa inmaterial mirada
mientras que yo, mortal, no te distingo,
mírame, de placer enagenada,
que vengo á dedicarte mi domingo!

Los dos sentimos la atrayente fecha,
el domingo que todo lo embellece
y en el hogar á la familia estrecha,
y hoy que ya lo perdí, mi paz deshecha
¡oh cuanto más hermoso me parece!

¡Es el día soñado otros seis días,
del trabajo en las rudas energías,
que, sin cesar, espera el que labora,
como compensación reparadora,
llena de inagotables alegrías!

El día azul de la espansión sin tasa,
en que después del semanal desvelo
se nos antoja que el gozar no pasa,
pareciendo caer sobre la casa
como un maná la bendición del cielo!

¡La santa fecha de atractivo llena,
en que hay para quienes cumple su faena
y su honrado sustento se procura,
cielo radiante, atmósfera serena,
rayos de sol y campos de verdura!



¡Pero tu eras la luz de aquellas horas,
del domingo feliz, calor y abrigo,
y, pues ya no las haces seductoras,
vengo á buscarte al sitio donde moras,
toda mi triste tarde á estar contigo!

¡Y en esta soledad que me anonada
rebelde á la certeza despiadada,
evocando el ayer sueño despierto,
creyéndose mi mente ilusionada,
que oye siempre tu voz!... ¡Que no te has muerto!

¡Mas la tarde se fué!... vuelvo á la brega
que las blanduras de la paz me niega,
á la implacable realidad llamado,
con el dolor que el corazón me anega,
al tener que marcharme de tu lado!

¡Y me voy con el alma enloquecida,
ni aun en estos momentos convencida
de esa verdad eterna y dolorosa!...
¡Que á todas las venturas de la vida
las cubre al fin la tierra de una fosa!

*
* *

¡Yo tenía un hogar en que cifraba
todas mis ilusiones,
donde la paz de la humildad reinaba
sin fiebre de ambiciones!

¡Llenábalo de dulce simpatía
una esposa modesta,
que de ese hogar, con su bondad hacía,
interminable fiesta!

¡Fiesta de las que dan frutos felices,
mas que sólo se alcanza,
cuando tiene en el pecho hondas raíces,
la mútua confianza!

¡Como la que sin hiel ni desengaños,
manteniéndose augusta,
supimos conservar diez y seis años
santa, firme y robusta...!

¡Fueron de esa ventura protectores,
á la vez que testigos,
la existencia sembrándonos de flores
unos buenos amigos!

¡De los que en su honradez no lisonjean,
pero que no traicionan,
y que, por muy caídos que nos vean,
jamás nos abandonan!

¡Por ellos son amables lasveladas,
y nuestros tedios huyen,
y ellos, cual cariñosos camaradas,
nos deleitan é instruyen!

¡Ellos de los enfermos el desvelo
endulzan y aminoran,
dando á nuestras vigilias el consuelo,
que en su seno atesoran!

¡Y en su rincón ocultos y olvidados,
en temporal espera,
cuando de nuevo son solicitados
nos abren su alma entera!



—¡Oh libros míos á los que hoy me aferro,
vuestra misión prosigue,
no sóis ya los amigos, sóis el perro,
que junto al amo sigue!

¡Ella también buscaba vuestro ambiente,
vuestra fiel compañía,
y á vuestra tierna sombra, dulcemente,
su existencia corría!

¡Padme, pues, esa sombra bienhechora
que ambos hemos tenido,
la paz de vuestras páginas, ahora
que mi paz he perdido!...

¡Completaba mi dicha, por preciada
ley de naturaleza,
su pasión por las artes, su acabada
noción de la belleza!

¡Y si supiérais, la emoción libando
de artístico recreo,
que de estudiar los dos en ese blando
silencio del museo!

¡Que viajar con la mente y la esperanza
jamás corta ni exigua,
con una catedral en lontananza
ó una ciudad antigua!

¡Hasta llegar el anhelado instante
de ver la urbe vieja,
la cruz latina, el gótico arbotante,
la renaciente reja!

¿Mas qué fué de los tiempos que encantaban
aquella paz oscura,
en que las horas sin sentir volaban
en la común lectura?

¿Que de la sucesión de nuestros viajes,
aves sin pesadumbres,
yendo de monumentos á paisajes,
de tipos á costumbres?

¿Y que de las polémicas discretas,
de los juicios tranquilos,
saltando de cinceles á paletas,
de géneros á estilos?



¡Todo acabó!... ¡Mi dicha es un pasado!
¡Hoy sólo piso espinas!
¡Y lo mismo que Job vivo sentado
llorando ante unas ruinas!

¡Que como el del antiguo testamento
mi hogar sin compañera,
no tiene ya en sus vides ni un sarmiento,
ni una flor en su higuera!

¡Que aquella pobre casa idolatrada
por ella embellecida,
nido, cátedra, templo y ensenada,
resumen de mi vida!

¡No era tan sólo la mansión dichosa
que el cariño calienta,
que la constancia de la fiel esposa
enciende y alimenta!

¡Era la comunión de pensamientos
de dos intelectuales,
que tienen unos mismos sentimientos,
los mismos ideales!

* * *

¡Poema siempre eterno!
¡Nunca dudamos en que al fin llegara
ese mañana tierno,
de que el humano invierno
á los dos la cabeza nos nevara!

¡En qué poder, guiados
por la estrella del norte de una vida
ni un punto separados,
y uno en otro apoyados
acometer la última subida!

¡Y de la varia suerte
concluir en paz las mil vicisitudes,
contemplando la muerte
con espíritu fuerte
unidas las cansadas senectudes!

¡Y cuando el vigor cesa
y en la caducidad todo se abisma,
y el mundo no embelesa,
tener la misma mesa,
la misma colación, la lumbre misma!

¡El mismo blando lecho,
la misma habitación tibia y callada,
el mismo amante techo,
el mismo abrazo estrecho
y la misma dulcísima velada!

¡Ay! ¡Idilio perdido!
¡Al morírseme, joven todavía,
con ella se me ha ido
el sueño bendecido
de su vejez fundida con la mía!

¡De esa vejez preciada
que el humilde retiro trueca en trono,
que ambicioné pasada,
en la ventura aislada
de una dulce existencia de colono!



¡Dios me la ha arrebatado!
¡Ante su fallo mi cerviz inclino!
Mas sólo y abrumado,
¿qué haré sin el cayado
que pensaba tener para el camino?

¡En esa edad bendita
el hombre es sin la vieja compañera
que el alma necesita,
tan sólo un eremita
que en el silencio á sucumbir espera!

*
* *

¡No extrañéis que ande con el paso lento,
caída sobre el pecho la cabeza
con la mirada que hacia arriba tiende
por impulso del alma, baja y fija!
Antes veía en la amorosa tierra
la mujer que concibe, fecundada
por su bigamia con el sol y el hombre
y estallando los jugos de sus ubres.
Y al arribar la ardiente primavera
asistiendo á su anual alumbramiento,
la amaba como á hembra vigorosa
de la que surje univernal la vida.
Hoy esa tierra del ayer concluído
en gestación alguna se extremece;
se me brinda sin gérmenes ni flores
con la quietud del arenal sin límites
por el que pasa el viento del desierto
desgajando l s débiles palmeras
del retirado oasis de la dicha!

¡En cambio ¡oh tierra! que atracción la tuya,
con qué infinita tentación me llamas,
después de que á mi muerta inolvidable
blandamente acogiste en tu regazo,
dándole la ventura de la inercia,
donde no hay anhelantes esperanzas,
pero tampoco existen los recuerdos!
¡Tú eres más grande que al crear la vida,
que brúscamente de nosotro huye,
cuando recibes nuestros restos fríos,
que aguardas siempre como amante madre,
que ve volver los hijos, olvidados
de la que el ser les dió, mientras el goce
fué en la vida su alegre camarada
y que á ella tornan á buscar consuelo
el día en que las penas les abruman!
¡Hasta ahora ¡oh Tierra! en que mis tristes lágrimas
purificaron mi mortal pupila...
Hasta ahora en que el dolor es mi maestro
no he sabido sentirte ni entenderte.



*
* *

¡Siempre este mismo amanecer! ¡La mente
á despertar rehacia,
y sacudido el sueño, bruscamente
surgiendo mi desgracia!

¡Es un amanecer de abatimiento,
de amargura sin nombre!...
¡El lecho de estudiante!... El aposento
propio solo de un hombre!

¡Por donde quiera su sombría nota
el dolor pregonando!...
¡Como una bruma que en el aire flota
la soledad pesando!

¡Y desarmada y triste en testimonio
de la muerta esperanza,
la cama conyugal, del matrimonio
arca de la alianza!

¡Cama común que la mujer ansiando
realizar un deseo,
en las clases que viven trabajando
lleva como un trofeo!

¡Cama común, el basamento de oro
de la casa española,
que de nuestras costumbres el tesoro
simboliza ella sola!

¡Cama común que el egoismo insano
de nuestro siglo niega,
que en el tradicional hogar cristiano
nuestro padre nos lega!

¡Cama común en la que alivio tienen
los males que sufrimos,
en que á la vida nuestros hijos vienen
y nosotros morimos!

¡Oh cama de mi alma y de mis penas
que mi espíritu arroba,
con tu presencia veneranda llenas
de algo augusto mi alcoba!



¡Aquí mi corazón te erige un templo
y un altar te levanta,
que en tí, de mansedumbre dando ejemplo,
murió como una santa!

¡Tú que fuiste testigo de su grave
y humilde despedida,
de la resignación tranquila y suave
con que dejó su vida!...

¡Tú que sabes tan bien su generoso
inconcebible aliento,
pensando antes en mí y en mi reposo
que en su propio tormento!

¡Tú que escuchaste su cristiana frase
que aún mi alma ilumina,
rogándome ferviente que acatase
la voluntad divina!

¡Tú me recordarás cada mañana
que á mi dolor despierte,
la voluntad sublime y sobrehumana
con que supo ser fuerte!

¡Y me darás con ella la paciencia
dulce y consoladora,
que es la fuerza tenaz, la resistencia
de todo aquel que llora!



*
* *

¡Mi santo! En mi vida
la fecha solemne,
dulce apoteosis
esperada siempre,
con la casa limpia
con el alma alegre,
con el puro júbilo
conque el pecho siente,
que la confianza
que el amor mantiene,
cual laurel sagrado
se conserva verde!
¡Oh cómo gozabas
á tu lado viéndome,
entre amigos buenos,
un núcleo de fieles,
que á través del tiempo
perpetuaba indemne,
del fraterno culto

las eternas leyes!
Y ¡oh cómo gozaba
á mi lado viéndote,
compartir los tiernos
francos parabienes,
encantando á todos
con tu don de gentes,
y el hogar llenando
de una luz celeste!
¡Hoy... tanta ventura
se llevó la muerte,
arribó esa fecha
mi golpe aún reciente,
y en la amplia avenida
que cerca se extiende,
pasé de mi santo
las horas crueles,
las suaves memorias
trayendo á mi mente,
de cuantos en días
de próspera suerte,
en estos instantes
libaba con creces,
gozando ahora el único
placer que consiente,
la pena profunda
que el alma me envuelve:



¡Clavado en la acera
cual mármol viviente,
de aquélla morada
que fué nuestro albergue,
los cuatro balcones
mirar desde enfrente!

*
* *

¡Yo busco con ansia
su puesto! ¡Dios mío!
¡Y doquiera que tiendo los ojos
ya en él no la veo!...
¡Lo encuentro vacío!

¡Lo busco en la mesa
lugar de expansiones,
donde el hombre, sus fuerzas repuestas,
cuánto hay en su alma
derrama á montones!

¡Lo busco en el lecho
de fe mútua asilo,
donde el sueño se coje tan plácido,
junto á ese otro sueño
que brota tranquilo!

¡Lo busco en la dulce
familia reunida,
en que al seno común de la casa
afluye una fuerza
por todos traída!

¡Lo busco en ese hondo
momento ferviente,
en que el campo se mete en el pecho
y exige á otro espíritu
decir lo que siente!

¡Lo busco cuando oigo
rugiendo las olas,
en que el mar es tan grande y augusto
que abruma en sus bordes
hallarse uno á solas!

¡Lo busco en la inmensa
ciudad esparcida,
en que entonan millares de seres
la estrofa entusiasta
de un himno á la vida!



¡Lo busco doquiera
camino arrastrado!...
¡Ni un minuto se va sin que loco
su puesto querido
lo busque á mi lado!

¡Y es en vano que busque
su puesto! ¡Dios mío!
¡Jamás ella lo ocupa como antes!
¡Se fué de ese puesto!
¡Lo encuentro vacío!

* * *

¡En un punto cualquiera del vacío
sus ojos se clavaron,
y haciéndose su negro más sombrío
de par en par, abiertos se quedaron!

¡Al recordar la lúgubre mirada
aún tiembló todavía!...
¡Era aquella expresión tan desolada
el último favor que me pedía!...

Mis dedos febrilmente se crisparon
y sus párpados yertos,
sobre sus pobres ojos resbalaron
para siempre, dejándolos cubiertos!

¡Ningún humano ser sus ojos cierra
cuando acaba su vida!...
¿Huye el alma, por ellos, de la tierra
y se los deja abiertos en su huída?

Siendo la luz perfecta y perdurable,
el Eterno al crearla...
¿dió á los ojos pasión tan insaciable
que aún apagados ya quieren mirarla?

¡No lo sé!... Pero sé que nada existe
que compararse pueda,
á ese mirar petrificado y triste
que á los que acaban de morir les queda!

¡Dolor que no hay cabeza que no abata
ni ser á quien no aterre!
¡Ver los ojos que Dios nos arrebata
esperando la mano que los cierre!



*
* *

¡Nunca hasta hoy en que á la muerte atado
el dolor á mi paso se atraviesa,
he sabido lo que es, tener guardado
un sitio preferente en una mesa!

¡En la que obedeciendo á un generoso
movimiento espontáneo é instintivo,
se estrecha todo el mundo presuroso
para hacer ese hueco compasivo!

¡A él afluye, en caudal de buen consejo,
de toda una familia la eficacia,
muestra de amor hacia el amigo viejo
y de dulce respeto á la desgracia!

¡Y cada cual de aquellos corazones
dándole la halagüeña preferencia,
ya que no revivir sus ilusiones
hace que resucite su paciencia!

¡En la misericordia que así brota
por manera tan dulce y delicada,
nadie sabe la miel que gota á gota
va cayendo en el alma contristada!

¡Misericordia que el pesar diluye
con su continuo y amigable encanto!...
¡La desesperación ante ella huye!...
¡Sin ella de esa mesa me levanto!...

¡La mesa para el alma dolorida
es manantial de inagotables hieles!...
¡En la que está por la amistad servida
no se aborrecen nunca sus manteles!

¡Que los recuerdos, siempre comensales
de la mesa que sirve el aislamiento,
repugnan traspasar otros umbrales
y en la ajena jamás toman asiento!

¡Oh muerta mía, ese ayudar cristiano
de los desesperados me desliga,
y ya que ves la compasión de hermano
con que mi llanto de dolor mitiga!



¡Preside tú la mesa inmaculada
en que la flor de la amistad descuella,
y por la muerte augusta consagrada
deja caer tu bendición sobre ella!

*
* *

El convoy arranca
con su estruendo ronco,
el cristal levanto,
del desierto coche me retiro al fondo,
y sin hacer caso
de por donde corro,
cruelmente brotan
de mi desventura los dolores hondos,
porque inútilmente
búscante mis ojos!...
¡No vienes conmigo!
¡Nuestras ilusiones de viajar se han roto!

¡Oh idilio inefable!
¡Oh poema hermoso!
¡Pasión de mi vida!
¡De vuestros recuerdos el encanto evoco!...
¡La estación pequeña
de cualquier villorrio,

en que dos esclavos
su jornal se ganan sin tener reposo!...
¡Que en ese tabuco,
el olvido en torno,
desde su miseria
ven pasar á diario, sin pararse, el oro!

¡La ciudad que á un lado
crece poco á poco,
como impacientándose
y sin esperarnos viniendo á nosotros,
con sus altas torres
con sus techos rojos,
con sus monumentos
entrevistos lejos en gentil escorzo!...
¡Con el embeleso
de lo que es ignoto!...
¡Con ese atractivo
de un placer soñado que sentimos próximo!

¡El tranquilo valle
con sus grandes olmos,
con sus prados verdes
donde los ganados pacen á su antojo!
¡Los compactos huertos
con su oliente acopio,



y las alquerías
con sus aldeanos viéndonos absortos!
¡Del sereno campo
ese melancólico,
bienestar que turba
el ensordeciente tren vertiginoso!

¡De la ruta larga
los cien episodios,
los detalles nimios
los detalles tiernos, los detalles cómicos!
¡La casita humilde
con su vid de toldo,
donde nos parece
que la paz se oculta que buscamos todos!
¡El señor de pueblo
colorado y gordo,
que ante el tren aguarda
en la carretera refrenando el potro!

¡El alto en la noche
que hace tan sonoro,
de los que al tren suben
en la sombra envueltos el postrer coloquio!
¡Esas vocecitas
de vibrante tono,

en las estaciones
pregonando leche y anunciando roscos!
¡Esos interiores
que se ven de pronto,
con la mesa puesta
donde el guarda vía cenará su bodrio!

¡El culebreante
río caudaloso!
¡El mar con su playa
y sus velas blancas clareando al fondo!
¡La serraduría
con sus secos troncos!
¡El labriego que ara
y que nos saluda volteando el gorro!
¡Esos campanarios
destacando airosos
en los pueblecillos,
como una gallina vela entre sus pollos!

¡Oh, idilio inefable!
¡Oh poema hermoso!
¡Ya no me habláis nada!
¡Ya el tren no despierta mi entusiasmo loco!
¡Ya no voy contigo
ni veo en tu rostro,



ni hallo en tu mirada
de nuestras sorpresas compartido el gozo!
¡Ya á tu agudo ingenio
comentar no oigo,
esas impresiones
que en pechos afines vuelan de uno á otro!

¡Ya en el coche á nadie
junto al cristal pongo,
ni á quien cuidar tengo
ni á quien ceder siempre su rincón más cómodo!
¡Adiós bienandanzas
del ayer dichoso,
viajes pintorescos
ya ventura alguna me aportáis vosotros!
¡Ya no me acompañas!
¡Ya se acabó todo!
¡Ya el tren no me encanta!
¡Ya no vas conmigo! ¡Ya voy en él solo!

*
* *

¡Con ella mi deseo fué cumplido
de vivir á la sombra y en la gloria,
de este viejo poblado de la historia
que me parece un infanzón dormido!
¡Con ella, piedra á piedra he recorrido
hundida el alma en la triunfal memoria,
los lugares que son su ejecutoria
donde su egregio ayer vive esculpido!
¡Con ella ví en el medioeval relieve
la antigua fe que en la amplia maravilla
de las centurias á través destella!
Y... ¡Oh, quién pensará, catedral, que en breve,
volviera á tu mozárabe capilla,
ya no á admirarte, sino á orar por ella!

*En Toledo.*

*
* *

Pisos bajos que dan á patios negros
sin otro aire que el que entre por la puerta,
sin otra claridad que alumbre al cuarto
que la alta luz que con temor penetra,
por la cuadrada angosta ventanita
en el tabique de la alcoba abierta;
y allí seres humanos que padecen
que se pasan su mal en las tinieblas,
sin el rayo de sol caritativo
que va á alegrar la cama del que enferma!...
Guardillas congeladas por el frío,
sin cristales, sin lumbre, sin esteras,
con el techo inclinado, descansando
sobre el raido catre de tijera,
en las que para andar hacia su fondo
hay que encorbarse hasta tocar la tierra...
Paridas que escuchando el triste llanto
de los reciénnacidos que se quejan,
ven sus senos inútiles y flojos

sin la nutrida leche que alimenta,
¡Niños exangües de caritas lívidas
de la raquitis con la horrible huella!...
¡Por todas partes devorando el hambre
en el silencio del rincón sus presas!...
Dentro de su chiscón los miserables
muriéndose en montón sin que se advierta!...
¡Brazos que imploran, bocas que suplican,
ojos que miran, pechos que jadean,
y en medio del horrible sufrimiento,
como un alita blanca que aletea,
llevando la esperanza á los hogares
la sublime virtud de la paciencia,
que quizás por tener como nodriza
la dura adversidad desde que alientan,
son los menesterosos, los conformes
que nunca dudan y que siempre esperan!...
¡Ah, pobres solitarios y escondidos
que ocultáis pudorosos la miseria,
los que gozan, llamándoos la canalla
calumnian, sin piedad, vuestra pobreza,
sin ver que si las crisis dolorosas
os arrancan, á veces, la blasfemia,
nunca pudo borrarla de los labios
ni el desdén, ni el olvido, ni la fuerza,
y que sólo la extirpa en sus raíces
ese tesón cristiano que no ceja,
y con su amor humilde la esperanza



de los que sufren en los pechos siembra!
¡Ah, pobres solitarios y escondidos,
vosotros sóis la muchedumbre aquella,
que el divino maestro amaba tanto
y á sí llamó con su bondad suprema!
¡Vosotros sóis la plebe que buscaba
en sus predicaciones de Judea,
curando vuestras llagas con sus dedos
y estrechando piadoso vuestra diestra!...
En vosotros, sedientos de justicia,
prendió primero la doctrina nueva;
de vosotros salieron los apóstoles
aquellos doce verbos de una idea;
á vuestros tiernos niños sonreía,
exclamando al pasar: ¡Dejad que vengan!
Entre vosotros deslizó su vida,
comiendo vuestro pan en vuestra mesa,
sin miedo á los escribas poderosos
y sin miedo ni horror á vuestra lepra.
A vosotros su voz os dirigía
del Tiberiades en la orilla fresca;
á vosotros bendijo la mañana
que entró en Jerusalén sobre una bestia;
y á las generaciones y á los siglos
á vosotros dejó por santa herencia,
cuando en la cruz en el Calvario alzada
inclinó para siempre la cabeza!

¡Ah, pobres solitarios y escondidos
que nunca á nuestro paso se os encuentra,
el dolor purifica y ennoblece
y á salir de la dicha nos enseña,
para ver en la ajena desventura
lo que escapaba á la mirada nuestra,
que corren ignoradas en la sombra
lágrimas de dolor que nadie seca!
¡Bien haya, pues, la adversidad terrible
que á ese perpetuo padecer me acerca,
y si créeis que á cambio de mis dádivas
conmigo contráeis alguna deuda,
derramad una lágrima piadosa
y elevad vuestros rezos por mi muerta,
que si la gratitud al cielo sube,
las de los pobres se remonta recta,
y en un blando rocío se transforma
las almas envolviendo en su pureza!...
¡Yo, nada os pido para mí, ¡ni aún calma!
Pero os lo pido todo para ella!

*Después de mi primera visita*
*como afiliado á las Conferencias*



*
* *

¡En el fondo del bosque el monumento
con su masa granítica y sombría,
y traído en sus alas por el viento,
de la arrogante torre del convento
el sonoro tañer del mediodía!

¡El terso cielo por poniente cierra
la oscura crestería de la sierra;
y acusando su edad sus brazos dobles,
como viejo ornamento de esta tierra
desparramada inundación de robles!

¡El puro azul sin brumas ni vedijas;
del musgoso terreno en las rendijas
violetas que alfombran el paraje,
y un arroyo que gime entre sus guijas
la voz única y dulce del paisaje!

Mas, ¡ay! cómo se ofrece esta belleza
tocada donde quiera de tristeza...
¡Triste está el campo y triste el horizonte!
¿Dónde se ha ido tu alegría? ¡Oh, monte!
¿Por qué sombrías estás, naturaleza?

¡Bienestar solitario apetecido,
con tesón de sediento perseguido,
en tu beatitud siempre soñando,
hoy á buscar tu paz vengo llorando
que vuelvo á tí sin ella! ¡La he perdido!

¡Oh, qué dulzura tan tranquila y sana!
¡Oh, qué quietud idílica y serena!
¡Oh, qué hermosa, qué espléndida mañana!
¡Oh, si el alma en esta hora meridiana
no estuviera invadida por la pena!

*Bosque de la Herrería.—Escorial.—Febrero.*



*
* *

¡De tu mal horrible
en los días negros,
en que no podías
sentarte en el lecho,
¡cuántas veces buscando tu cara!
¡Pidiéndote un beso!...
Con la voz de niño
que adquiere el enfermo,
al verse en la cama
débil é indefenso,
me dijiste, mirándome, triste:
¡No puedo! ¡No puedo!

¡Mas, con la ligera
suavidad del céfiro,
posaba mis labios
en tus labios secos,
el ósculo tuyo,
como el mío tan tenue bebiendo!

¡Y al abrir tus ojos
en el opio envueltos,
me encontrabas siempre
sentado en mi puesto,
cogida tu mano,
á tu cabecera velando tu sueño!

¡Qué noches tan largas!
¡Qué días aquellos!
¡Siempre hablando bajo!
¡Siempre andando quedo!
¡Siempre la luz tibia,
las maderas juntas, la alcoba en silencio!
¡Afuera el otoño!
¡Afuera el buen tiempo!
Del campo y la calle
los ruidos intensos!...
¡La gente que pasa!
¡La vida, que empezaba á faltar por adentro!

¡Qué noches tan largas!
¡Qué días aquellos!
¡Pendientes de todo,
del rostro del médico,
de una mejoría
que se anuncia y no viene, en acecho!



¡El orden perdido,
los muebles revueltos,
doquiera ese triste
insólito aspecto,
que toma la casa
cuando llama á la puerta algún riesgo!

¡Después aquel pobre
gabinete nuestro,
el sagrario humilde
del hogar modesto,
con sus obras de arte
en las que los ojos teníamos puestos!
¡con pálidos cirios
que alumbran un féretro,
y allí entre los cuadros
que eran tu embeleso,
tú misma dormida
con ese reposo que no tiene término!

¡Oh, vida imposible
siempre bajo el peso,
de esa idea fija
que horada el cerebro,
y el ayer perdido
lo mantiene en relieve perpetuo!

¡Oh, inútil tarea
la de los consejos,
atormentadores
botones de fuego...!
¡La tisis del alma
es tan incurable como la del cuerpo!

¡Y cuando medito
que ya no te veo,
que ya de tus ojos
perdí los reflejos,
que ya mis palabras
no tendrán en las tuyas un eco!
¡Mi mente se puebla
de vivos recuerdos,
que van y que vienen,
que vuelan inciertos,
como golondrinas
que no encuentran el nido que hicieron!

¡Dios mío! ¡Tú que eres
tan grande y tan bueno,
aparta este cáliz
que apuro hace tiempo!
¡Jesús á su padre
también lo pedía la noche del huerto!



¡Con mi cruz cargado
recorro el sendero
que tú me trazaste!...
¡Más oye mi ruego!
¡Ya no puedo seguir mi calvario!
¡No puedo! ¡No puedo!

*
* *

¡Tengo yo entre mis cuadros una Virgen
copia expresiva y fiel de experta mano. .
¡Es una Dolorosa incomparable
nacida del pincel de Alonso Cano!

¡Las manos juntas, con suprema angustia
desfallecida la cabeza, implora,
y no ya con los ojos solamente
con todo el rostro desolada llora!

¡Es el instante en que Jesús expira,
en que ahoga su llanto el vocerío,
en que su corazón de madre agónica
lanza con un sollozo un ¡hijo mío!...

¡Sumergidos los dos en una misma
contemplación profunda y silenciosa,
cuántos ratos de suave arrobamiento
hemos pasado ante esa Dolorosa!

¡Era nuestra obra de arte predilecta,
y tú tan tierna y que tan bien sentías,
á esa Virgen de lágrimas bañada
además de admirarla la querías!

¡Por que era mucho más que la que oye
cuando el pesar nuestra esperanza cierra!
¡Era la Dolorosa de tu infancia!...
¡Era la Dolorosa de tu tierra!...

¡Sintiéndote morir, en esas horas
en que se solicita cuanto se ama,
quisiste contemplar tu Dolorosa
y la hiciste colgar junto á tu cama!

Y en un éxtasis mudo, ¡cuántas veces
hasta que amaneció tu último día,
hablando con los ojos á la Virgen
al acercarme á tí te sorprendía!

¡Y hablando así, á miradas indecibles,
en un coloquio místico y ferviente,
vino la muerte, al fin, á arrebatarte
contemplando á tu Virgen fijamente!...



¡Ahora también el cuadro de la Virgen
junto á mi triste lecho está colgado,
mas yo no tengo tu sereno espíritu!...
¡Yo me postro ante el lienzo desolado!

¡Y busco en ese rostro los reflejos
con que en aquellos días la miraste!
¡Aquellos ojos que al perder tu vida
como incrustados en su faz dejaste!

¡Y bajo la influencia de mi pena
de tu recuerdo en la obsesión me creo,
que los tengo delante y me parece
que reviven, que brillan!... ¡Que los veo!

¡Oh Santísima Virgen de los tristes,
no hay dolor que tus lágrimas no atajen!
¡Ven á mí, madre, tu perdón imploro
por mezclar su recuerdo con tu imagen!

¡Mas piensa ¡oh Soledad de Alonso Cano
que eres dos veces para mí sagrada!
¡Que no eres solo ya la preferida!.
¡Eres la de su última mirada!

*
* *

¡Muriendo la tarde
en un cómodo cesto llegamos,
abrimos al punto
la cerrada ventana del cuarto,
y entró á borbotones
en la estancia el aroma del campo,
tan fuerte á esa hora
en que el sol va escondiendo sus rayos!
¡Palpábase el monte
con tender hacia fuera las manos,
y el sordo murmullo
del abrupto oquedal dominando,
de la alta marea
se escuchaba el rugido cercano!
Herida de muerte,
la salud en la costa buscando,
apenas tus ojos
descubrieron ansiosos el cuadro,
su calma profunda
te llenó el corazón de entusiasmo,

y aún creo que te oigo
contra el mío tu pecho estrechando,
decir dulcemente:
¡Qué rincón tan hermoso! ¡Qué plácido!...
¡Y no era mentido
del helénico idilio el presagio!
¡Recuerdos benditos
de esa dicha que juntos gozamos,
viviendo en mi alma
de mi cruz sois vosotros los clavos!
¡Y aunque esas venturas
rehacéis cruelmente, mostrando
la triste certeza
de que ya para siempre pasaron!..
Si aún siendo unas sombras
soy con ellas feliz ¿cómo odiaros?
¡Siluetas queridas
á las cuales mi vida consagro!...
¡Mis últimas dichas!
¡Venid una á una! ¡Dejadme evocaros!

¡El día que empieza
con sus frescas mañanas de baño;
del crespo arrecife
el abrigo en las peñas hallado;
y allí en una roca,
tan pronto leyendo, tan pronto charlando,



las horas que corren
por la brisa del mar rodeados,
sintiendo su aliento
que el ardor de la sangre calmando,
los párpados cierra
hasta hundirnos en ese letargo,
que engendran las olas
con aquel galopar sin dejarlo,
cual si en sus espumas
las hadas del sueño llegaran flotando!

¡El sol de las doce
de las rocas viniendo á expulsarnos,
su lluvia de lumbre
encendiendo pizarras y estratos,
y en fuga poniéndonos
á través del tapiz fino y blando
de la húmeda arena,
donde imprimen las plantas sus trazos;
y el toldo de lona
á la postre su abrigo brindando,
ó el cesto de mimbre
que al *confiteor* parece llamado,
altares discretos
en que oficia el amor en verano,
ó aduanas que ponen
á los chismes de playa el marchamo!

¡Qué tardes tan gratas
la campiña doquiera explorando!...
La luenga y tortuosa
carretera que mancha de blanco,
del dulce paisaje
las turgentes praderas de raso,
y el valle atraviesa
la compacta arboleda horadando,
naciendo el deseo
de doblar el recodo inmediato,
por ver lo que ocultan
aquella colina ó aquellos manzanos!
¡Y luego traspuestos
al recodo incitante en llegando,
igual perspectiva,
más camino, más troncos, más prados,
el triste y eterno
más allá que en la vida anhelamos,
y siempre se aleja
al nacer la ilusión de alcanzarlo!

¡Arriba en las lomas
que rematan los graves castaños,
la esquila apagada
con su ritmo monótono y tardo,
que el trébol paciendo
sonar hace al andar el ganado,



trayendo á la mente
al romper la quietud del espacio,
la vieja silueta
de los tiempos pastores y arcaicos,
que en este aislamiento
la tranquila ventura incrustaron,
que el hombre ha perdido
de la noble natura alejado!

Después ¡qué detalles!
¡Qué de notas cogidas al paso!...
¡Detrás de las lindes
el espeso maizal verdeando!
¡Los huertos obscuros
que presiden esbeltos los álamos!
¡La moza que lava
metida en el agua y al aire los brazos,
cantando un zortzico
que el arroyo también va cantando!
¡Y como figuras
del agreste país virgiliano,
algún campesino
por el silencioso camino, de tránsito,
ó algún carricoche
que lleva viajeros, las bestias trotando,
moviendo sus músicas
las colleras que agitan los jacos!...

¡La vuelta á esa hora
en que llena de místico encanto,
la paz de la sombra
deja el vésper caer de lo alto,
y todo enmudece
y hablando las almas se callan los labios!...
¡Y cuantos crepúsculos
de los caseríos la luz nos atrajo,
brillante en la noche
como símbolo fiel del descanso,
que anuncia al que pasa
aquel bien del hogar ignorado,
la casa modesta,
el mendrugo de pan aldeano,
con el que Dios sirve
la paciencia y la fé en el trabajo!
¡Qué ajenos entonces
el humilde retiro envidiando,
que pronto en el nuestro
marcaría la muerte su rastro,
ni aún esa miseria
tolerada sin pena entre varios,
con tal de que todos
permanezcan presentes y sanos,
ni aún esa penuria
en el pobre rincón tolerando!



¡Oh estrofas vivientes
de aquel trozo bucólico encanto!
¡Ermita poética
el cantil vertical coronando,
la de Santa Clara
en donde veíamos, las velas al largo,
tornar de la pesca
los lanchones de plata cargados!
¡De los Miqueletes
con sus pitas delante aquel banco,
como un nido de águilas
en la abrupta ladera situado,
y al pie de ese cerro
el alegre y jovial balneario,
las olas que vienen
á besar sus casetas á saltos,
doquier que se mire
en enorme y magnífico plano,
la masa del agua
que reluce del sol á los rayos,
y el puro horizonte
allá lejos el mar recortando,
los dos infinitos
en fingido admirable contacto!
¡Hotel de Arri-Gorri
desde el monte hasta el golfo bajando,
con su amplia solana

que recuerda el balcón veneciano,
y la alta escalera
que desciende á mojar sus peldaños!
¡Y en la carretera
más allá del pretil, por ensalmo,
Ondarroa surgiendo
como si de pronto se viera en un teatro,
con su limpio muelle,
con su iglesia, su plaza y sus barcos,
sus mozos que juegan
del frontón en el muro grisáceo,
las chicas del pueblo
el aurresku contentas bailando,
y el tambor y el silbo
que pueblan el aire con el guernikaco!

¡Playa pintoresca
del inolvidable Saturrarán vasco!
Ondarroa tranquilo
á la orilla del mar acostado!
¡Valle de Motrico
que acaricia y refresca el Cantábrico!
¡Con qué ansia de vida
de vuestro reposo mi muerta ha gozado,
cual si presintiera
que no volvería jamás á pisaros!
¡Vosotros piadosos



la acogísteis en vuestro regazo,
por lo que os amaba
concediéndola todos en cambio,
de sus sufrimientos
el postrero paréntesis raudo!
¡Las últimas flores
que en su seca esperanza brotaron!
¡Que Dios os lo premie!
¡Que Él os pague el propósito honrado!
¡La inútil tarea!...
¡Cuatro meses después la enterraron!
¡Recuerdos benditos
de la dicha que juntos gozamos,
viviendo en mi alma,
de mi cruz sois vosotros los clavos!...
¡Mas sois también ella
que revive en mi ser!... ¿Cómo odiaros?

*
* *

¡Campaña es la vida
jamás suspendida,
y que el hombre quizás no emprendiera
cesando en su avance,
si en ella, á su alcance,
como un puerto un hogar no tuviera!

¡Y allí, tras la lucha,
la esposa que escucha,
que su puesto en la liza reclama,
y aplica en sèguida
curando la herida
esa unción que paciencia se llama!

¡No hay golpe, por fuerte
que azote la suerte,
que no traiga sus horas serenas,
con que en el soñado
rincón, se halle al lado
la mujer que adivine las penas!

¡Por ley de la altura
su mansa figura
ilumina el hogar en que mora!
¿Qué importa el combate,
si en son de rescate
llegará de la vuelta la hora?

¡La vuelta! ¡El remanso
del santo descanso!...
El instante de intensa alegría,
con el que la honrada
tarea acabada
premia Dios el trabajo del día!

¡La vuelta! ¡Inefable
final perdurable
del trabajo que el pan nos procura
sudando la frente!...
¡Quien te ama y te siente
es quien sabe gozar la ventura!

¡Amante regazo,
en tí encuentra el brazo
el vigor con que al yunque le llevas!
¡Y en cada velada,
la fuerza gastada
para el día siguiente renuevas!



¡Su fin realizando,
vivir consolando,
la mujer aunque llore sonríe!
¡Y el llanto deshecho
vertido en su pecho,
en su seno de amor lo deslíe!

Será así la tierna
verónica eterna
del calvario que el hombre recorra!
Allí donde se halle,
la hiel de la calle
se mitiga, se endulza y se borra!

¡Oh, Elena! ¡En la vida
su lámpara cuida
cada esposa evitando una cruz!...
¡Tu fuiste la ardiente
despierta y prudente,
que mantuvo encendida su luz!

¡Del nido prendada
y en él encerrada
á labrar mi ventura resuelta
lo hiciste con creces...
Por tí, ¡cuantas veces
he gustado el placer de la vuelta!

¡Placer codiciado
jamás fracasado,
de llegar á mi puerta deprisa
sin ser advertido!...
¡Y abrirse sin ruido!
¡Y encontrarme detrás tu sonrisa!

¡Oh, suerte mudable!
¡Oh, Parca implacable
que las dichas humanas inmola!
¡Mi amada está muerta!
Ya no hay esa puerta
que se entreabre, al llegar, ella sola!

¡Mi hogar ya no existe!
¡Ya soy sólo un triste
de un acerbo dolor bajo el peso!
¡Y en plena pelea,
me falta esa idea
que antes fuerzas me daba: el regreso!

¡Que el alma en su encanto
dormida, hasta tanto
que por los hogares la muerte no pasa,
y el bien nos cercena,
no mide esa pena!...
¡No soñar con la vuelta á la casa!



* * *

¡De tu postrera comunión la escena
edificante y santa,
al par que el alma de dolor me llena
mi espíritu levanta!

¡Oh perdurable y desolada nota,
eco que nunca pierdo!
¡Con qué relieve en mi memoria brota
tu bendito recuerdo!...

¡El lecho rebosante de blancura
limpio y recien mudado,
con ese olor de tímida frescura
del lienzo muy guardado!

¡Ropa selecta en que la esposa siente
vivir sus ilusiones,
que saca del armario solamente,
las grandes ocasiones!

¡Como en esa cruel en que la holanda
que tú bordaste un día,
agradecida siempre y siempre blanda
cobijó tu agonía!...

¡Junto al triste balcón casi cerrado
que cubren recias telas,
para el acto solemne improvisado
el altar con sus velas!

¡Un tiesto de salón en cada orilla,
los amplios paños rosa,
y sobre la bordada sabanilla
la dulce Dolorosa!

¡Exigencia del riesgo avasallante
que á nuestra alcoba trajo,
convertida en altar, en un instante,
mi mesa de trabajo!

¿Quién iba á sospechar que ella sería,
la fuente donde mana,
esa suave inefable poesía
de la muerte c istiana!...



En la estancia flotando un idealismo
de singular pureza,
que puebla de ferviente misticismo
la retirada pieza!

¡Y tú en el lecho en éxtasis profundo
absorta y recogida,
cual si aguardaras ya desde otro mundo
la celestial venida!

¡Mientras yo en un rincón cobardemente
con ansia te miraba,
de un rumor acercándose pendiente!...
¡El Señor que llegaba!

¡Después, las luces en la alcoba entrando,
el olor de la cera,
la voz del cura que se va acercando,
la familia que espera!...

El deslizarse con andar discreto
de la piadosa gente,
en el rostro la pena y el respeto,
la oración en la frente!

¡Y al cabo el sacerdote revestido,
que el pan sagrado lleva,
con su silueta plácida de ungido
que las almas renueva!

¡Que se acerca al altar en el que ora
postrándose un minuto,
y que en la expectación abrumadora
de un silencio absoluto!

¡Conduciendo las formas consagradas
que eleva hasta su pecho,
apagando en la alfombra sus pisadas
se aproxima á tu lecho!...

¡Vi la hostia entonces, que ideal y pura
la perfección evoca,
destacar en el aire su blancura
y caer en tu boca!

¡Y vi que tus mejillas se animaron
luego de recibida,
hasta que al fin tus ojos se cerraron
por la emoción vencida!



¡Y lloré para mí con la congoja
que ni un solo ay levanta,
en que su pena el corazón no arroja,
y lo hunde en la garganta!

¡Lloré de pesadumbre, contemplando
tu palidez de lirio,
tu muerte dolorosa remontando
la escala de un martirio!

¡Lloré de pesadumbre en mi impotencia
al ver que te perdía,
que tu cama de enferma y de paciencia
se iba á quedar vacía!

¡Lloré de pesadumbre descubriendo
que todo se acababa,
que para siempre de mi hogar partiendo,
yo en cambio me quedaba!

¡Pero lloré á la vez con la dulzura
que alienta y enajena,
sintiendo desbordarse mi ternura
y endulzarse mi pena!...

¡Era la gracia que tu pecho ansiaba,
el perdón que venía,
la infinita piedad que te esperaba
y á tu encuentro salía!

¡Y al pensar en que Dios siempre clemente
te llevaba á su asiento,
no lloré de pesar!... ¡mi llanto ardiente
fué de agradecimiento!



* * *

Ya anocheciendo, cuando los faroles
que en doble hilera el bulevard esmaltan,
entre la fría niebla de Diciembre
bregando por lucir, parpadeaban,
oscilantes sus lenguas en la bruma
como si hasta las luces sollozaran,
los íntimos tornaron á decirme
en ese idioma en que los brazos hablan,
al estrecharnos contra el pecho amigo,
que al cabo todo consumado estaba...
¡Volvían de cumplir santos deberes!
¡La caridad inmensa de enterrarla!
¡Y ansiando dirigir á cada uno
no sé qué ruego, qué pregunta extraña!
¡Con un voraz deseo de enterarme
y anhelando á la par no saber nada,
permanecí espantado contemplando
las sombras silenciosas que llegaban!...
Luego el momento de irse con los suyos
hizo que los amigos se ausentaran,

y en la cabeza el vértigo que hiende,
y en el pecho la angustia que anonada,
cerré los ojos y llorando quedo;
para siempre salí de aquella estancia,
que dejaba desierta como nave
que se abandona al fin porque naufraga.
¡Pobre rincón helado por la muerte!
¡Pobre hogar de mi dicha y de mi alma!
¡Cuanto era mi alegría en este mundo
quedábase deshecho á mis espaldas!
¡Dos horas antes á mi dulce esposa
metida en su ataúd se la llevaban;
y la mansión en tumba convertida
yo después, á mi vez, abandonaba,
para buscar en el paterno albergue
del antiguo calor la eterna llama!..
¡Descendí hasta el portal, el adiós último
temblando de dolor le dí á mi casa,
y seguí mi camino hacía la vida,
á la lucha brutal sin esperanza!



*
* *

La adversidad que fría é inclemente
acecha la existencia.
no respetó tu juventud naciente,
tu pobre adolescencia!

¡Y tu ilusión primera de ventura
reduciéndola á escombros,
la cruz de la desgracia prematura
puso sobre tus hombros!

¡Así te hallé sin que la suerte esquiva
ni un dardo te apartase,
sin que hubiera una mano compasiva
que el sudor te enjugase!

¡Sin que en el manantial de la ternura
del que la vida brota,
o por negación de la natura
bebieras ni una gota!

¡Y al verte de tu hiel en su apogeo
humilde y resignada,
como hizo con Jesús el Cirineo
alcé tu cruz pesada!

¡Supiste entonces lo que son las flores,
lo que es el aire puro,
de tu férrea cadena de dolores
rompí el grillete duro!

¡Y realizaste el ideal soñado
que en toda alma se enciende,
rara vez en la vida consumado!
¡Hallar quién nos comprende!

¡Concediéndome Dios lo que una utopia
hasta entonces creía,
la mujer que primero que en la propia
pensó en la dicha mía!

¡Dieciséis años juntos disfrutamos
dándonos mutuo auxilio,
y así nuestra existencia atravesamos
en un perpetuo idilio!



¡Pero ¡ay! que no preví la contingencia
de la varia fortuna,
olvidando que nunca en mi existencia
soporté cruz alguna!

¡La cruz ineludible que el que es fuerte
con mansedumbre afronta,
y que vino á decirme con tu muerte
inesperada y pronta!

¡No hay ser humano que al dolor se evada
que el suplicio rehuya,
y te llegó la hora desgraciada!...
¡Ahí tienes la cruz tuya!

¡Oh, mi dulce Jesús, seco mi llanto!
¡Bendigo mi agonía!
¡Tu sufriste por todos, mientras tanto
yo por nadie sufría!

¡Señor, Señor, perdona mi egoismo
que tus leyes turbaba!...
¡Yo era un viviente extraño anacronismo,
un ser que no lloraba!

¡Pero el dolor mi corazón inunda
y hoy ya su ley practica!
¡Dáme pues, ¡oh Señor!, la fe profunda,
la fe que fortifica!

¡Y la resignación que dá la cal na
y endulza la tristeza,
vendrá con ese incienso que del alma
sube á Dios cuando reza!

¡Que nada importa que en la cruz nos claves!
¡En ella hay golondrinas!
¡Las oraciones son las dulces aves
que arrancan sus espinas!



*
* *

¡Trabaja, me dicen,
que el trabajo las penas mitiga! ..
¡Y á quién lo aconsejan,
á quien año tras año, su vida
pasó trabajando,
no á remolque, con esa fatiga
que siente el que piensa,
que el trabajo es tan sólo lesiva
condena que el hombre
cumple y sufre por leyes divinas,
sino con la honrada
complacencia, segura y tranquila,
que dá á la conciencia
el ímpetu, el ánimo, la fe, la alegría,
al ver realizados
los deberes que á todos obligan,
llevar de sus fuerzas
el impulso vital que germina,
del brazo que obra,
del cerebro que inventa y que guía,

al bien y al progreso
las dos fuentes de fe y de justicia,
que manan eternas
en la tierra de amor prometida!

¡Trabaja, me dicen,
que el trabajo las penas mitiga!...
¡Pero, ¡ay!, quién trabaja
cuando tiendo anhelante la vista,
buscando en el cuarto
su amorosa habitual compañía,
que de ella privado
la ha quitado su ambiente de dicha!
¡Ni ya está en él nunca
ni aun la estancia de ayer es la misma!
¡Oh, aquellas costumbres!
¡Dejad que os las cuente! ¡Dejad que os las diga!
¡No hay alma en la tierra
que no sienta estas cosas tan nimias,
en siendo sinceras
del respeto entusiástico dignas!

¡Su mido el despacho
en la dulce quietud que convida,
con su hondo reposo
á que broten fecundas y ricas,
las sanas ideas
que en sus células grises palpitan!



¡Los libros doblando
con su peso las tablas, en fila;
los muros cubiertos
de acuarelas, de óleos, de firmas;
la mesa italiana
con su paño colgante en que brilla,
bordado oro viejo
sobre el fondo de grana encendida!...
¡Revueltos do quiera
de los largos estantes encima,
un bronce ó un barro,
alguna cerámica alguna estatuilla,
recuerdos privados
de poetas, *maestros* ó artistas,
los menos ya célebres,
ignorados los más todavía,
la eterna batalla
del que en pos de la gloria camina,
y tiende los brazos
á quien antes luchó por seguirla!
La estancia en buen orden
esperando las horas propicias,
en que arda la idea
del trabajo sagrado en la pira.
Papeles y obras
atestando la enana mesita,
el mueble de brega,

de la clara ventana á la orilla,
desde la que el campo
que Velázquez pintó se divisa;
los pinos del Pardo,
Guadarrama con nieve en las cimas,
y á media ladera
destacando ciclópeo sus líneas,
en la alta montaña
esa otra montaña de piedra maciza
del negro convento,
creación de una mente sombría,
que lúgubre y grande
en la mole glacial quedó escrita!..
El tomo en la mano
á mi lado sentada leía,
guardando el silencio
del que en lo hondo de un libro se abisma,
cortándolo sólo
con la breve impresión transmitida,
huyendo así el tiempo
hasta que acabadas al fin mis cuartillas,
brindaba el artículo
de su sana razón á la crítica,
tan franca y juiciosa
y en que nada el cariño ponía.
¡Oh, mi dulce Egeria,
mi musa ignorada, mi inspiración íntima,



mi numen, mi Elena,
es en vano que luche y que pida
al fértil trabajo
esa paz que las penas alivia!...
¡Mi mente no crea
y sin verte se pliega y expira!

* *

Saliendo de un huerto
junto al Manzanares,
en la melancólica
quietud del paisaje,
juvenil voz de hombre
de cadencia suave,
lanzando una de esas
tristes soleares,
cual las que en mi dicha
solías cantarme,
en la copla poniendo tu alma,
oí la otra tarde!

¡El campo en silencio,
desierto el paraje,
por la carretera
no pasaba nadie!
¡Seguí de puntillas
para no espantarle,

me acerqué despacio
de su voz guiándome,
y tras de la cerca
de espeso ramaje,
el cantar malagueño al labriego
me puse á escucharle!

¡Todos los recuerdos
chorreando sangre,
de una desventura
que es irremediable,
en tropel brotaron
viniendo á llenarme,
el alma de fuego,
de hielo la carne!
¡Y oyendo á aquel hombre
*cantarse* y *cantarse*,
lo que estuve llorando por dentro
Dios sólo lo sabe!

¡Era el mismo estilo,
tu mismo donaire,
tu misma andaluza
ternura en los ayes,
*eso* que no tiene
sino el que allí nace!



¡Qué pena al oirle!
¡Qué pena tan grande!
Mas debí á su copla
vivir un instante,
en aquellos días en que tú cantabas!...
¡Que Dios se lo pague!

* * *

¡Pude! ¡Oh mi Dios!, en el período corto,
feliz de mi existencia,
en el que el hombre ante su dicha absorto
no baja á su conciencia!

¡Pude no consagrarte desde luego
cuanta atención mereces!...
¡La ventura es así! ¡Vuelve á uno ciego,
ocultándote á veces!

¡Pero el pesar mi dicha ha derribado
llevándose mi calma,
y al mirarme por dentro te he encontrado
en el zenit del alma!

¡Y me espanto al pensar que en la incesante
pena que no resisto,
al buscarte en mi espíritu anhelante
yo no te hubiera visto!

¡Oh, los que ven llegar esta sombría
hora de los abrojos!...
¿En quién vierten su llanto de agonía?
¿á quien vuelven los ojos?

¡Si no sienten que oculto en lo invisible,
do está lo sobrehumano,
alguien con un amor inmarcesible
les estrecha la mano!

¿Si no creen en un ser que grande y bueno
el bien no economiza?
¡Vana soberbia del humano cieno
que al Eterno analiza!

¿Con qué compensas ateísmo helado
ese bien prometido?...
¡Gozar la eternidad teniendo al lado
á nuestro ser querido!



¿Con qué reemplazas, si á tu Dios suprimes,
ese inmenso consuelo,
que en las tribulaciones en que gimes
hallas mirando al cielo?

Ni una sola molécula ha tenido
la amorosa indulgencia
de secarme una lágrima!... ¡Yo os pido,
átomos, la paciencia!

¡Materia que hoy, como al formarse el mundo
prosigues inconsciente!...
¿Por qué no alivias el dolor profundo
del que sus golpes siente?

Y si ni aun ese beneficio prestas,
¿do estás la razón clara,
escéptico glacial que á Dios detestas
echándolo del ara?

¡Oh, Dios mío, perdón para esos pocos
corazones abismos,
que arrebatados por cerebros locos
se adoran á sí mismos!

¡Y no condene tu justicia herida,
á aquéllos que no crean,
á que al perder á la mujer querida
lloren y no te vean!



*
* *

A mi buen amigo el erudito doctor Rafael Fraile.

Mientras su corazón desfallecido
luchaba con el ansia del colapso,
en espera febril de que pasara
el breve, y sin embargo, eterno lapso.

Junto al balcón, inmóviles y mudos,
mirábamos, sin verla, la avenida,
de una ceñuda tarde del invierno
por el rugiente vendabal barrida.

Y en un instante de expansión suprema,
de esos en que las almas se desbordan,
y de emoción cargadas lo insondable
osadamente en su dolor abordan.

¿De qué sirve la ciencia? al docto amigo
pregunté con la voz enronquecida,
y con esa sonrisa melancólica
del que ahondó en las miserias de la vida.

¡Y clínico del cuerpo y del espíritu
no hay humana desdicha que le asombre,
permaneciendo silencioso el médico
me contestó con la mirada el hombre!



*
* *

Enardeciendo el alma y los sentidos
vuelve la primavera bajo el hielo,
la creación entera es un gran vuelo
que sube de las rosas y los nidos.
Donde quiera que hay frondas hay latidos,
y en esta ardiente gestación de celo,
la tierra abre los poros de su suelo
y renueva los gérmenes dormidos.
Mas ¡ay! ¿para qué vuelves, primavera,
con tu atracción de savia renacida?
¿Cómo te ha de sentir quien ya no espera
gozar más primaveras en su vida?
¡Oh, si no hubiera muerto, si viviera!
entonces sí, ¡qué hermosa tu venida!

*
* *

¡Dos íntimos cultos de dulce ternura
jamás suspendidos tuviste en tu vida,
el culto á las flores
y el culto á lo limpio que atrae y fascina,
llenando con ambos
tu hogar adorado de casta alegría!
¡Los muebles lucientes cual tersos espejos
acusando la mano solícita,
la ilusión en la casa revelan,
el amor al rincón significan!
¡Que cuanto se anhela
en su seno se esconde y anida,
sin ser necesario
irse fuera buscando la dicha!
¡Desgraciada mujer la que siente
la nostalgia de fuera, que incita
á negar al retiro el cuidado
por la calle y el mundo atraída!
¡Bohemia de espíritu

el hogar olvidado acredita,
y la esposa modelo fué siempre
la del alma en su paz recogida!
¡Son las flores la nota elocuente
que el femíneo sentir simboliza,
innegables dulzuras traducen,
corazones rendidos indican,
el dulce propósito
de que el grato rincón que se habita,
la hermosa natura
con sus blandos influjos presida!
¡Codiciada mujer la que siente
la nostalgia de *adentro*, que invita,
á vivir rodeada de flores
que el ambiente y el alma suavizan!
¡Mujer de ideales,
mujer abnegada, mujer amantísima,
en la cual hallará siempre el hombre
de la eterna bondad la semilla!
¡La muerte ha dejado
mi casa aterida,
ya en mi hogar esos cultos no existen,
ya en él tú no oficias,
y al perder sus altares, mi pecho
es hoy su capilla!...
¡En tu nicho, jamás olvidado,
descansa tranquila,



que yo haré que tus cultos perduren
y en la tumba tendrás, mientras viva,
una losa como una patena
de tersa y de limpia,
y en torno á tu lápida
tus flores fresquísimas!

*
* *

¡Una hora de Gólgotha
hay en mi existencia,
y sobre mi alma, tan abrumadora
de tal modo pesa,
que de pronto siento
que se van mis fuerzas,
los ficticios ánimos,
la falsa entereza
con que todo el día, por la ley divina
que vivir ordena,
lucho cuanto puedo,
consiguiendo apenas
sostener mi espíritu, de un reposo dulce
con las apariencias!...
¡Mas cuando esa hora
fatalmente llega,
en esos instantes en que el sol ya puesto
no hay quien en su pecho penetrar no advierta,
del agonizante pálido crepúsculo

toda la nostalgia, toda la tristeza,
mi memoria viva
súbito recuerda
de una inolvidable noche del invierno
la cruel escena!
¡Y bajo la angustia
que esa remembranza de dolor refresca,
retoñando sangre
de mi llaga abierta,
en la torre oyendo
la campana grave que á intervalos suena,
que al rosario toca
y á los que padecen parece que espera,
corro á refugiarme
en cualquier iglesia,
en la más callada,
en la más desierta,
en la que esté hundida
en impenetrables compactas tinieblas!...
¡Y allí sumergido
en la sombra densa,
que dos cirios débiles
á rasgar no aciertan,
bebo la solemne paz de la penumbra,
su quietud suprema,
oro con los que oran,
con ellos recibo del cura que reza,



esa letanía de la Virgen madre
en que no hay humano dolor que no tenga
su consuelo místico
de ternura inmensa!...
Y buscando el Cristo,
que ilumina siempre con su luz perpetua
la colgante lámpara,
en la cadavérica
faz en que el suplicio no borró la augusta
mansedumbre eterna,
clavo las miradas,
y sintiendo al cabo flaquear las piernas,
doblo las rodillas
ante aquella cara de sudor cubierta,
y las manos juntas,
dejo que en la sombra que las naves pueblan,
el reloj del templo
dé las siete y media,
la lúgubre hora en que tú expirabas!...
¡En que te ví muerta!

*
* *

¡Todo lo perdiste con perder la vida!...
¡En tu plena dicha fuiste sorprendida
y de tu existencia tan feliz privada!
¡Mas de que la muerte te arrojó á la fosa,
tu doliente cuerpo plácido reposa!...
¡Nada sientes nunca, ni recuerdas nada!

¡Ay, si tú supieras el tormento mío,
entre las asfixias del cruel vacío
del que no se encuentra de salir el modo!
¡Abrazada el alma con tesón terrible
al recuerdo ansioso de un bien imposible!...
¡Recordando siempre! ¡Recordando todo!

¡Ay, si tú supieras lo que es la memoria,
una vez concluída la mortal historia,
una vez extinta la común ventura!
¡Ni el menor detalle del ayer decrece!...
¡Tanto más recuerda cuanto más padece!
¡Cuanto el tiempo pasa tanto más fulgura!

¡Y ay si tú supieras lo que es esa herida!
¡De recuerdos siempre la memoria henchida!
¡Dar vida á una imagen! ¡Verla permanente!
¡Y pensar sufriendo con feroz martirio,
que es sólo una sombra que creó el delirio
sin otra existencia que la de la mente!

¡Oh atormentadora fija remembranza,
cuando en la existencia muere la esperanza,
la que nos invade! ¡Ya más no me muerdas!
¡Oh pobre vencida, cuán pronto caíste!...
¡Como tu desdicha ninguna otra existe!
¡Todo lo has perdido!... ¡Pero no recuerdas!



*
* *

¡Casi todos los cadáveres
que están donde tú enterrados,
en qué aislamiento descansan!...
¡No son nunca visitados!

¡Jamás á nadie lloroso
allí á distinguir acierto,
vertiendo desde sus labios
una oración sobre un muerto!

¡El polvo sus tumbas cubre
y sus epitafios borra,
sin que haya una mano amiga
que las cuide y las recorra!

¡Y qué pena dá mirarlas
pasando días y días,
tan abandonadas todas
tan sucias y tan sombrías!...

¡Las hay con ramos marchitos
que al fin no se renovaron,
y al menos esas, un tiempo
de un dulce culto gozaron!

¡Pero á la gran mayoría
destrozadas se las vé!...
¡Una atención que molesta
y un cariño que se fué!

¡A veces, de tarde en tarde,
rindiendo tierno tributo,
suelo ver arrodillada
alguna mujer de luto!

¡Mas entre miles de fosas
estas figuras se pierden!...
¡Cuántos y cuántos que olvidan
y cuán pocos que recuerden!

¡Yo en esos patios no piso
las calles enarenadas,
sino con un paso cauto,
apagando mis pisadas!



¡Temiendo que en los sepulcros
brote unánime el encono,
al conocer su desgracia
y al descubrir su abandono!

¡Ah, como compararán
los que en ellos están yertos,
tu sepulcro tan cuidado
y los suyos tan desiertos!

¡Y cuántos durmiendo yacen
fiando en una inscripción,
que tal vez sinceramente
dictó un día un corazón!

¡Que por la vida arrastrado,
con la voluntad vencida,
ante la humana atracción
se fué volviendo á la vida!

¡Advertirán con angustia
que hay entre ellos una huesa,
donde se reza y se gime
y se cumple una promesa!

¡Y que un hombre que procura
no hollar las restantes fosas,
deja en tu lápida un beso,
una oración y unas rosas!



*
* *

A María, Antonia y Rosario Fabié.

Fuísteis á ver á vuestro padre, el íntegro
varón que un día á su país honrando,
brilló entre los primeros con luz propia
las letras y las ciencias cultivando!

¡Fuísteis á verle y á dejar, de hinojos
ante su no olvidada sepultura,
con la oración de vuestra fe cristiana
todo el amor de la filial ternura!

¡Y de la cruz al pie y entre los brazos
colgásteis unas flores olorosas,
que aún encontré yo frescas cual si el mármol
también bajo el cariño diera rosas!

¡Después con ese fraternal respeto
que á los que en vida se trató nos liga,
os acordásteis de que allí, muy cerca,
duerme mi esposa, vuestra antigua amiga!

¡Y en el marco del nicho de mi muerta
por vuestra compasión purificadas,
como prendas del culto de otro tiempo
hallé dos ó tres rosas colocadas!

¡Oh, á la amistad tributo generoso
brotado de inefable sentimiento,
por el que cercenais á vuestro padre
una rosa y un credo y un momento!

¡Holocausto que rinde á su memoria
vuestra constancia fiel y sostenida,
y que ella acogerá desde la altura
por esos y otros rezos redimida!

¡Para expresar mi gratitud quisiera
un idioma de frases sobrehumanas,
más aunque humilde de expresión mi acento
habla mi corazón!... ¡Gracias, hermanas!



*
* *

¡Hoy la he vuelto á tener entre mis manos!
¡Fué la última obra que leíste,
y cortando la muerte tu existencia
concluirla no pudiste!

¡Postrera crueldad de la desgracia
que sobre tu cabeza se cernía,
sin dejarte beber hasta su término
su dulce poesía!

¡Los raudales de fe que en ella manan
destilando tan puros de su seno,
que al acabarla el corazón se siente
más levantado y bueno!...

¡Nacido de la mágica y profunda
inspiración de un hombre extraordinario,
es ese libro un alma diluida
en las hojas de un diario!

¡Y brotado á la vez de un gran poeta
de la ternura encarnación viviente,
es toda entera el himno de entusiasmo
de un pensador creyente!

¡Oh Lamartine, á quien debió mi muerta
una paz en tus libros recogida,
comenzando á leer tu *Viaje á Oriente*
se le apagó su vida!

¡Y tu hermosa excursión á Tierra Santa
de su mal en los días precursores,
fué el único consuelo, el solo bálsamo
que tuvo en sus dolores!



*
* *

Aunque os destroce el corazón la pena
y os sujete el pesar con su cadena,
no maldigáis la que la suerte os mande!...
¡El dolor purifica y oxigena!
¡Nunca es el alma hasta que sufre, grande!

¡Yo lo sé ya; desde que lloro siento,
que aguzándose vá mi pensamiento
entrando de las cosas hasta el fondo,
y aunque es, quizás, mi razonar más lento
es, en cambio, más sólido y más hondo!

¡Y desde que he adquirido esa grandeza,
y gimo sepultado en la tristeza,
y de tu amor la inspiración me falta,
tiende á vivir más alto mi cabeza
y ansia continua de pensar me asalta!

¡Y como nada al soñador restringe
y advierto que el pensar te me aproxima,
mientras en lo alto mi ilusión te finge
doy en la idea de lo eterno, esfinge
envuelta entre las sombras de una sima!

¿Qué esconde esa negrura permanente?
¡Soberbia mal velada la del hombre
de la insondable eternidad enfrente!
¡No la consigue descifrar su mente
y por no confesarlo inventa un nombre!

¡Halla antes de él la obscuridad cerrada,
halla tras él la eternidad sellada,
y cuando al linde de lo ignoto llega,
sin meditar en su impotencia, niega
y pronuncia fatídico: ¡la nada!

¿Pero es qué analizarla has conseguido?
¿Es qué has entrado en ella y la has medido?
Pigmeo que levantas solo un codo,
no la definas por lo que has vivido
porque esa nada, á la que irás, es todo!



¡Vida es la luz sidériea é infinita!
¡Vida el espacio inmenso en que palpita!
¡Vida son los solares resplandores!
¿Pues si á la eternidad nada limita
por qué no ha de ser vida aunque lo ignores?

¡La nada es la mortal jornada breve,
cuanto el estigma de nacido lleve,
nuestra pobre existencia temblorosa!...
¡Esta fuerza de pétalo de rosa
que abate y troncha el céfiro más leve!

¡Vida es, vida es y vida soberana,
en que al contrario de la vida humana
en que bajo el dogal de los sentidos
á los espíritus la fiebre afana,
están en calma augusta sumergidos!

¡Vida ideal sin porvenir obscuro,
sin ese estrecho y férreo coluro
conque al mortal el tiempo ha rodeado,
del presente fugaz siempre arrojado
y siempre compelido hacia el futuro!

¡Vida ideal de dicha verdadera
en que no se recuerda ni se espera,
y la que al alma con su luz fascina,
y una vez que al morir se regenera
la dá á gozar la posesión divina!

¡Ah! ¡El misterio no es otro! ¡Esa callada
noche de eternidad, interrogada
por los mortales del en gma en pos,
no es negación de vida! ¡No es la nada!
¡Es la vida suprema, porque es Dios!



*
* *

¡Fué grande tu corazón,
fué grande tu pensamiento,
lo fué tu imaginación,
y lo fué tu sufrimiento,
y lo fué tu abnegación!

¡Fuiste grande en la tristeza,
lo fuiste en la fortaleza,
y lo fuiste en el sentir!...
¡Qué extraño que esta grandeza
tuvieras para morir!

*
* *

¡Que valor tan grande
toman los objetos,
hasta los más nimios,
cuando son recuerdos,
de un ser adorado
que se nos ha muerto!
¡Y aunque más agudo
se haga el sufrimiento,
y la pena arrecie!
¡Qué placer supremo,
encerrarse á solas,
á llorar sobre ellos,
y palparlos todos
con voraces dedos!

*
* *

¡Al leer las poesías
escritas en las lápidas,
satíricos y fríos
no os sonriáis con lástima!
No las creó del Dante
la inspiración seráfica,
el numen do brotaron
no halló la chispa mágica,
ms son todas sinceras,
nacidas de las lágrimas,
esas otras poesías
de estrofas siempre grávidas,
que sin acentos rítmicos,
con ayes por estancias,
hacen, llorando á un muerto,
las almas más prosáicas!

*
* *

¡Qué dulce en verano
volver de paseo,
serena y augusta
la tarde cayendo,
gozando la calma
del campo en silencio!
¡Sentarse á la mesa;
que por los abiertos,
volados balcones
convidándose ellos,
en tropel penetren
el aire y el fresco,
la noche y los astros,
la paz y el misterio!
¡Y cuando el cansancio
eslabona el sueño,
muelle y blandamente
entregarle el cuerpo,
en aquel honrado

compartido lecho,
con la buena esposa
de virtud ejemplo,
de que el suave místico
nos dejó el modelo!
¡Qué hermoso!... ¡Y qué triste
perder todo eso!



*
* *

¡Quince años he vivido
en batallar constante,
vertiendo lo aprendido
en aquellas etapas de estudiante!

¡Epoca que ahora brilla
si entonces seca y dura,
y que era la semilla
que fué sembrada luego de madura:

¡En las santas tareas
de apostolado grave,
formando las ideas
y enseñando paciente al que no sabe!

¡Victoria conquistada
á costa de sudores,
de dardos erizada,
pero que dá también algunas flores!

¡Flores de pura esencia
que híblea miel destilan,
cuando por fin la ciencia
los jóvenes cerebros se asimilan!

¡Y el éxito logrado
que singular contento,
al ver ya modelado
para el mañana un nuevo pensamiento!

¡Ante el feliz presente
toda la hiel se olvida!
¡El recio adolescente
puede emprender la lucha de la vida!

¡Ah bendita memoria
que no borrará nada,
cuando viví en la historia
por mi humilde palabra retratada!



¡Discípulos queridos
que oísteis mis consejos,
los años transcurridos
me seguís sonriendo desde lejos!

¡Pero por algo un día,
Dios quiso que cesara
la dulce compañía,
que á vosotros quince años me ligara!

¡Para que en la tristeza
que el corazón me parte,
no viérais la flaqueza
del que en un tiempo os revelaba el arte!

¡Ni me viérais sentado,
en el sillón docente,
y en lágrimas bañado,
sobre la mesa desplomar la frente!

*
* *

¡El amor se renueva, el alma humana
tiene también sus células vitales,
que como las del cuerpo reproducen
las fuerzas potenciales!

¡La juventud que con vehemencia adora
y en otro ser su corazón abisma,
al par que ama al soñado compañero
se idolatra á sí misma!

¡Y cuando la desgracia el lazo rompe
que con el ser amado le eslabona,
rendido al llanto su tributo justo,
revive y reacciona!

¡La vida atrae, sus leyes son eternas,
la voluntad se quiebra y no resiste,
y el alma núbil, de la muerte huyendo,
se vuelve á lo que existe!

¡Pero en la plenitud de la existencia
en que domina la razón madura,
el amor, sin morir, evoluciona
en una fé más pura!

¡A la pasión que el lógico atractivo
del sexo tuvo por razón primera,
sucede una atención, fija y constante
del alma compañera!

¡Y al descubrir su inteligencia clara
su hondo sentir, su viva fantasía,
la abnegación de la bondad por norma
y la virtud por guía!

¡Al advertir el hombre que la esposa
es algo más que la hembra enamorada,
un alma de elegida, tierna y firme
que á él vive consagrada!



¡De gratitud su corazón se llena,
bendice no ya acata la coyunda,
y nace como un culto religioso
la estimación profunda!

¡Ah, yo he gustado su dulzura inmensa
por raro privilegio de la suerte,
conservando el vigor la que la tuve,
á través de la muerte!

¡Y esa sí que no pasa ni se extingue
ni ve sustitución ni es renovada!
¡Como armiño en el lodo ante el olvido
retrocede espantada!

*
* *

¡Dios mío! ¡Tu voluntad
no debe ser discutida,
sino con humilde espíritu
acatada y admitida;
pero es humano quejarse
cuando se tiene una herida,
que la mortal resistencia
va dejando consumida,
y la protesta vehemente
por la oración retenida,
brota como en un volcán,
surge la lava encendida!
¡Dios mío! Cuando dispones
de una persona querida,
¿por qué á las dos que gozaban
la ventura compartida,
á la vez no te las llevas,
pues que la dás por concluída?
¿Por qué dejas aquí un alma

en el desaliento hundida,
que tan sólo vivir puede
al alma gemela unida,
y que sin ella perece
al martirio sometida?
¿Acaso la que se fué
quieres que sea redimida,
por el lento sufrimiento
de la que viuda y perdida,
se queda á llorar su muerte
y á recordar su partida?
¡Si es así, mi horrible pena
yo doy por bien padecida!
¡Mas si es una expiación
por mis culpas exigida,
ten, ¡oh, Dios mío!, piedad
de mi flaqueza vencida!
¡Y si esas culpas son tantas
que la deuda está incumplida,
senténciame con rigor
mi eterna marcha emprendida;
pero ¡es demasiado horrendo
el castigo de la vida!



*
* *

¡De la calma en busca
suelo al campo ir,
y con ser tan grande, me lo encuentro siempre
henchido de tí!

En la clara noche
miro hacia el zenit,
y oigo á las estrellas que me gritan todas
¡Aquí se halla! ¡Aquí!

En mi triste cuarto
me encastillo al fin,
y los pobres muebles creo que me dicen:
¡Ahora va á venir!

¡Y donde me arrastre
mi sino infelíz,
te veré á mi paso, porque no es que te halle!
¡Es que vas en mí!

* * *

A Antonia Fabié.

¡Quiero saldar mi obligación contigo,
la calma que te debo en mi amargura,
y á Dios ofrezco mi desdicha entera
por toda tu ventura!

*
* *

¡Ah! ¡No es resignación la que á pretexto
de que á los muertos descansar se deja,
aconsejáis sereno é inmutables
cuando oís una queja!

¡Esa inmortal resignación cristiana
que alivia toda humana desventura,
no excluye los recuerdos que mantiene
bañados de dulzura!

¡Ni repugna que el alma al ser perdido
con su conformidad guarde sus votos,
y en comunión espiritual prosiga
con él, sus lazos rotos!

¡No! ¡La resignación es dolorosa
porque es el pensamiento mantenido!...
¡Vuestro remedio es el cauterio enérgico!
¡Es el glacial olvido!

¡Y así á los muertos sepultáis dos veces
atentos solo á conservar la calma!
¡Primero bajo tierra, y enseguida
en lo último del alma!



*
* *

¡Oh, celdas tranquilas
que en la recia mole
del convento estáis!
¡Oh, dulces retiros
de recogimiento,
cómo me llamáis!

¡Vuestras ventanitas
de anticuados vidrios
miran al jardín!
¡Y hay delantes de ellas,
campos y horizontes
que no tienen fin!

¡Al pie vuestro, el huerto
en el que hace siglos
dá fruto el peral!
¡Y la rumorosa
fuente que en la acequía
vierte su caudal!

¡A un lado los montes
que la luz radiante
pinta de arrebol!
¡En la esquina el ámbito
de convalecientes
orientado al sol!

¡Y en la torre sólida
cobijando á todas
con materno afán,
la campana grande
cuyos suaves ecos
hasta adentro os van!

¡Al llegar las noches
del verano cálido
el cristal abrís,
y rincones lúcidos,
y siluetas vagas
siempre descubrís!

¡Y no es raro entonces,
la frente en las manos
que ocultan su faz,
y en la mesa el codo,
un negro agustino
ver leyendo en paz!



¡Horas envidiables
de sereno estudio,
de ideal placer!
¡El silencio fuera!
¡La natura enfrente!
¡La calmar doquier!

¡Ah, todas las penas,
que en la vida forman
el constante alud!
¡Cómo una por una
se irán fugitivas
en esa quietud!

¡Siempre ofrecéis todas,
de la aurora al vesper,
igual atracción!
¡Más es la hora vuestra,
cuando el ronco bronce
toca á la oración!

¡Y el que pasa atisba
esos interiores
llenos de interés!
¡En que espera el libro,
y los rezos luego,
y el sueño después

¡Oh, celdas tranquilas
que en la recia mole
del convento estáis!
¡Oh, dulces retiros
de recogimiento
como me llamáis!

*Jardín de los Frailes.— Escorial.*



* * *

A Rosario Fabié.

¡Inolvidable y fija en mi memoria
vive aquella mañana del invierno
en que llamé á tu corazón, buscando
para una moribunda el bien eterno!

¡Llena de compasión tu alma inefable
hallaste el confesor que me pedía,
y que con su evangélica dulzura
suavizó santamente su agonía!

¡Y así la paz de sus momentos últimos.
robustecido su fervor cristiano,
fué por misión providencial y hermosa
llevada hasta su lecho por tu mano!

¡Y en el abatimiento que en el pecho
como una estalactita el dolor labra,
cuantas veces después, la paz me ha dado
tu interés, tu cariño y tu palabra!

¡Y hasta la fé que bajo el rudo golpe
quizás estuvo á perecer expuesta,
con la ayuda eficaz de tus consejos
sufrió el dolor y se mantuvo enhiesta!

¡Obra de Dios que todo lo dispone
que no pudo dejar de ser cumplida,
y que en compensación á mi desgracia
te puso en el camino de mi vida!



* * *

¡Te rezo cuanto puedo,
y á toda hora del día
te elevo mis plegarias,
en lo íntimo del pecho de rodillas!

¡En el tranquilo campo
me invade tu recuerdo,
y mientras ando mudo
sin que pronuncie mi oración te rezo!

¡Siempre que el místico *angelus*
suena en el campanario,
la tierna *Ave María*
te reza el alma sin mover los labios!

¡Pasan las golondrinas
cruzando por el aire;
las sigo con la vista,
y no puedo por menos de rezarte!

¡De la naturaleza
cualquier emoción dulce,
el arte que contemple,
en rezarte enseguida se traduce!

¡Y en todos los momentos
en que detengo el paso,
es que pienso en tí entonces
y que al pensar en tí, te estoy rezando!



*
* *

A mi hermana Juana.

¡La alondra mañanera
eres del viejo nido,
que la paterna casa
alegra con sus trinos!
¡Y ahora que á tu hogar vuelvo
por el dolor traído,
y al cabo de los años
torno otra vez á oirlos!
¡Difunden en mi alma
tan sosegado alivio,
que en silencioso éxtasis
te escucho... y te bendigo!

*
* *

¡Desde el pinar que nace en la colina
y en ese instante de ideal misterio,
en que la augusta voz del monasterio
despide al sol que pálido declina!

¡Respondiendo al sonar de la campana
brotado en la monástica techumbre,
no dejo de cumplir esa costumbre
que vive eterna en la efusión cristiana!

¡Y á Dios el pensamiento levantado
mientras que rezo mi oración le pido,
el perdón para tí del redimido
y la paz para mí del resignado!

*Escorial.*

*
* *

¡Arrollado en la fuerza de la vida
por el ciclón de la contraria suerte,
cuando la muerte te llevó con ella
me resigné á no verte!

¡Eras en mi existir la luz del día,
de mi ventura el símbolo y el signo,
mas aunque tenga que vivir sin verte,
á vivir me resigno!

¡Dios, inmensa piedad, cuando la tierra
reclama nuestros míseros despojos,
como compensación á su desgracia
le ha dado al alma ojos!

¡Y donde quiera que de tí me acuerde
y me arrastre á tu imagen mi deseo,
cierro los míos y en mi mente surges,
al momento te veo!

Pero ¡ay! lo que mi espíritu sepulta
del sufrimiento en la profunda sirte,
es que tu voz perdida no resuene.
¡Es no volver á oirte!

¡Y es en vano que fuerce mi cerebro!...
¡Por reconstituirla tenaz lucho!...
¡El alma tendrá ojos mas no oídos!
¡Tu voz jamás escucho!

¡Sin tu voz mi existencia es un desierto!...
¡Sin ella acobardado nada abordo!
¡Y siento en mi caótico cerebro
la sensación de un sordo!

¡Se me antoja que inútiles y estériles
para siempre acabaron los sentidos,
que enrarecido el aire todos juntos
murieron los ruïdos!

¡Y vivo con el alma de puntillas
en un terror de aislado, en el que temo
romper de esta quietud que me rodea
el silencio supremo!



* * *

¡Al templo vengo á llorar
á la sombra de un pilar,
y apoyándome en él lloro,
mientras arriba en el coro
se echa el órgano á tocar!

¡Por sus férreos cañones,
se escapan á borbotones,
vehementes, tiernos ó graves,
haces de místicos sones
que se esparcen por las naves!

¡Ya sigue al *Kyrie* que gime
y en que el perdón que redime
pide la carne mortal,
ó ya del *Gloria* triunfal
á la exaltación sublime!

¡Ora al *Credo* que profiere
en el grito de energía
una fe que nunca muere,
ora á la triste alegría
del místico *Miserere*!

¡Y en desfile de heroísmo
va surgiendo en mi memoria,
esa epopeya de glória
de la fe del cristianismo
persiguiendo su victoria!

¡Desde aquella misa oscura
que escondida entre pilares
palma de mártir procura,
hasta esa casta blancura
que hoy se alza en miles de altares

¡Y comparo esa grandeza
de la tragedia cristiana
ante la que el hombre reza,
con la íntima tristeza,
de mi pequeñez humana!



¡Y ante la idea que evoca
con sus mágicos acordes
el órgano que así toca,
el ¡ay! que sube á mi boca
se queda ahogado en sus bordes!

¡Pienso en mi dolor terrible
y en mi vida y en mi muerta,
y en mi ventura imposible...
¡Pero algo que es apacible
en mi espíritu despierta!

¡Y que el armonioso vuelo
cual si bajara del cielo
el suave órgano me lanza!...
¡No puede ser la esperanza,
pero es, sin duda, el consuelo!

¡Y ya el órgano callado,
y mudo y desierto el coro,
del pilar en que he llorado
me separo resignado
y al alejarme no lloro.

¡Dulce órgano que me imanta
y mi corazón levanta
cuando á mi pilar me arrimo!...
¡Mientras tú cantas, no gimo!
¡Canta, órgano mío, canta!



*
* *

¡Unánimemente,
cuantas gentes al paso me encuentro,
glacial la palabra,
la cara de axioma y el rostro profético,
me lanzan la misma
bocanada de frío en el pecho.
¡Para esas heridas
son los años el sólo cauterio!
¡Platón ya lo dijo
al dolor un alivio ofreciendo!
¡Más que horrible obra
trabajo de topo, ¡tenaz aunque lento!
¿Del ser adorado
que se vaya el contorno perdiendo?
¿Su faz que se borre?
¿Que se torne indeciso su acento?

¿Que en vaga silueta
se convierta sus frases, sus gestos,
sus ojos, su alma,
cuanto en él era propio y congénito,
hasta que en la pálida
lontananza final del recuerdo,
la imagen querida
se convierta en silueta de un sueño,
fantasma confuso,
débil punto flotante á lo lejos?...
¡El ansía de vida,
la pasión por el goce terreno,
castigo que al hombre
aherroja como á un Prometeo,
sin que ellos lo adviertan
es lo que habla imperante por ellos!
¡Ninguno aconseja
mantener permanente y ardiendo,
por una memoria
el sagrado y vestálico fuego!...
¡Vivir! ¡Vivir siempre!
¡Vivir como sea!... ¡Por todos los medios!
no ya confiando
del mañana en el ácido enérgico,
sino suplicándole
que oxide cuanto antes dolores molestos.
¡Oh diente de lima



con que roe á las cosas el tiempo,
respeta mis penas
no desgasten tus lenguas de acero,
el culto á mi muerta
que en el fondo del alma mantengo!

*
* *

Como fin de este libro de *añoranza*
quiero dejar escrita tu semblanza,
y cuantos te han tratado y conocido
trazada me la dan, en tu alabanza
diciéndome á una voz: ¡Qué buena ha sido!

*Se acabó de imprimir este libro*
*en la Oficina Tipográfica*
El Trabajo, *á los veintidós*
*días del mes de Agosto*
*de MCMIII años.*

1500